

Cicatrices:

Reflexiones en torno a la conmemoración como actividad humana

DR. LUIS RAÚL SÁNCHEZ PERAZA

Depto. Ciencias Sociales, UPR Ponce

Con motivo de la celebración del Centenario de la Universidad de Puerto Rico

Hace unos cuantos años (ya empiezan a parecer muchos) asigné como tarea a un grupo de estudiantes que escribieran su autobiografía. Mi objetivo era atender en aquel entonces el “presentismo” que a mi entender caracterizaba la aproximación de los jóvenes a la tarea universitaria. El curso era “Introducción a la Vida Universitaria” y la tarea contemplaba identificar tres sucesos históricos que hubiesen estado relacionados de una forma directa o indirecta con el relato que ellos y ellas harían de sus vidas. De todos aquellos relatos hubo uno que puedo recordar claramente, pues me conmovió. El estudiante, un joven universitario de extracción humilde y muy probablemente universitario de primera generación, narró su historia a partir de las cicatrices que nos mostraba como huellas imborrables en su cuerpo.

No pude ni puedo ahora evitar pensar, ante el relato del joven, en torno a las palabras de Michel Foucault en su libro *Microfísica del Poder* en el que nos advierte que la última lucha la libraremos en el cuerpo. Mi tarea en este momento es sugerir algunos apuntes preliminares en torno a la reconstrucción de una trayectoria de eventos históricos desde las coordenadas conceptuales que me permite la psicología como disciplina social. Quisiera proponer algunas ideas que entiendo pudieran fomentar la discusión que nos ocupa: la conmemoración como actividad propiamente humana. Me parece que esta reflexión resulta apropiada con ocasión de los primeros cien años de la Universidad de Puerto Rico. Son tres las ideas que quisiera presentar.

Errar en las páginas de la historia

La primera idea es que la historia resulta una representación de la memoria. Este proceso constituye un objeto de estudio de la psicología. Muchos años han transcurrido desde el inicio del estudio científico de la memoria en la psicología. Este inicio es ilustrado por los trabajos de Ebbinghaus y su “Método de Sílabas sin Sentido.” Su intención, al elaborar este modelo de investigación, era aislar el proceso de memoria de la interferencia que hubiese podido introducir otros procesos, sobre todo, el lenguaje (Bladdeley, 1986). Sin embargo, la memoria, sin la interferencia del lenguaje, no permitía la evaluación de las diferencias que aparecen en este proceso entre diferentes formas de vida. Sobre todo, las diferencias entre formas de vida humana y formas de vida no humana. De hecho, durante la primera mitad del siglo XX, los modelos que de la memoria fueron elaborados en la psicología norteamericana se basaban en investigaciones con modelos animales. Hoy, sin embargo, nos es posible aproximarnos a la historia como actividad humana y ver en ella una expresión elaborada por nuestra capacidad de memoria.

En su trabajo póstumo, *Psicogénesis e Historia de la Ciencia*, Piaget y García (1981) proponen que la significación epistemológica de un instrumento de conocimiento está íntimamente vinculada a su modo de construcción. De esta propuesta, me gustaría destacar un aspecto de tales modos de construcción. En el caso específico de la historia o de la reconstrucción de un evento histórico o una trayectoria de eventos históricos, quisiera destacar la presencia del error, de la distorsión y de la interferencia en los instrumentos de conocimiento. Me gustaría proponer, desde la psicología, que al abordar la reconstrucción de un evento histórico, resultaría de interés estudiar, precisamente, su distorsión. El trabajo de Piaget y García (1981) nos

sugiere, con respecto al problema de la historia, lo siguiente:

...una verdad tenida por general, no constituye de hecho más que un caso particular. Aun en ese caso y en este sentido restringido, se puede, pues hablar de error parcial y de rectificación. En estas condiciones de devenir general, va de suyo que un conocimiento no podría ser disociado de su contexto histórico y que, por consiguiente, la historia de una noción provee alguna indicación sobre su significación epistémica. (p. 14)

Ciertamente, asistimos a los tiempos en que quedan muy pocas verdades absolutas sin desvanecerse. Aparecen en su lugar conocimientos que producen efectos de verdad en momentos históricos determinados; saberes que configuran expresiones del poder.

Recientemente, en la psicología se ha generado un gran interés por el estudio del error, definido como aquella distorsión que aparece en lo que se espera ocurra como parte de determinado fenómeno. Caramazza (1988) plantea que el error no es arbitrario, sino un fenómeno que no sólo responde a la estructura organizativa de determinado proceso, sino que la hace transparente. Otros, junto a él, sugieren que errar es propiamente humano; estudiar el error es psicología cognoscitiva. La distorsión en el relato histórico aparece, no como algo que debe ser suprimido o evaluado desfavorablemente, sino estudiado en sí mismo como un fenómeno que hace evidente la estructura organizativa de los procesos de pensamiento, tanto de los protagonistas, como del historiador. Estudiar los errores en la reconstrucción de una trayectoria de eventos, como los primeros cien años de la Universidad de Puerto Rico, podría arrojar luz sobre la estructura organizativa de nuestros procesos de pensamiento, tanto particulares como colectivos. Es decir, un esfuerzo tal supone rastrear las distorsiones que aparecen en la forma con que representamos y nos representamos en la Institución.

¿Es olvidar acaso un error?

Tradicionalmente, se ha definido el olvido como ausencia de memoria. Ya, desde tiempos de Ebbinghaus, aparece en la psicología la “curva del olvido” (Esto suena a un lugar en alguna autopista). Sin embargo, recientemente se comienza a considerar el olvido como un proceso psicológico en sí mismo, interrelacionado a la memoria; pero con características que le son particulares. De hecho, la consideración del olvido ha conllevado la reevaluación de los modelos que de la memoria se tienen en la psicología. Es por ello que, precisamente, la segunda idea que quisiera presentarles gira en torno a los modelos de memoria a partir de las operaciones representadas en el funcionamiento del Sistema Inmunológico. Estos modelos resultan de interés, pues no sólo permiten elaborar modelos de memoria, sino también del olvido (Cotman & Galaburda, 1988). A su vez, ambos modelos aparecen relacionados a la definición de lo propio, a la siempre frágil definición del adentro y del afuera. Precisamente, las operaciones incluidas en la representación del funcionamiento del Sistema Inmunológico conllevan discriminar entre aquello que es compatible con el funcionamiento del cuerpo (el adentro) y aquello que no lo es (el afuera).

Hoy se entiende que las operaciones del Sistema Inmunológico presentan una complejidad equivalente a la que anteriormente sólo había sido atribuida al Sistema Nervioso. Se habla de procesos de reconocimiento, aprendizaje y memoria, entre otros. Precisamente, la respuesta inmune podría ser entendida como una memoria del cuerpo: una huella de los ataques que hemos recibido a lo largo de la vida. Por ejemplo, si yo sufrí de sarampión cuando era niño, como resultado del ataque de un patógeno, mi sistema guarda una representación del patógeno y de la configuración de la respuesta para contrarrestar el mismo. Años después, al estar nuevamente expuesto al ataque del mismo patógeno o de uno similar, el cuerpo “identifica y reconoce” al patógeno y “recuerda” la configuración de la

respuesta elaborada en aquella otra exposición. Recuerda la respuesta para atemperarla al presente ataque.

Resulta de interés, a su vez, la metáfora bélica que aparece en la representación de las operaciones que conforman el Sistema Inmunológico para abordar la pertinencia de estos modelos al evaluar la memoria y la representación histórica. Ciertamente, sería interesante intentar, a partir de este modelo, una reconstrucción de la trayectoria de eventos que configuran los primeros cien años de la Universidad de Puerto Rico, en la que se preste atención a los ataques que ha sufrido como Institución. No recordar tales sucesos, no conmemorarlos compromete grandemente nuestra capacidad para responder ante eventos similares. Es probable que las respuestas que hayan sido elaboradas nos permitan cotejar la representación o representaciones que hacen de sí mismos los y las universitarias. Los cien años de la Universidad deberían brindarnos la ocasión para celebrar la diversidad en tales representaciones.

Sin embargo, nuestro cuerpo, no solamente es capaz de no recordar, sino también de olvidar. Es decir, aparece la supresión selectiva de información como característica de las operaciones del Sistema Inmunológico. Tal supresión se sugiere que responde a la necesidad de no abrumar, de no agobiar al sistema. Pero lo suprimido permanece. Permanece silente en la frágil delimitación de las fronteras de la vida como elemento pulsátil. Olvidar supone entonces sepultar un evento en la configuración de nuestro devenir, supone elevar el evento suprimido a una pulsión de muerte. Olvidar o pasar por alto la exclusión de muchas voces, la inclusión de otras tantas, la censura o el discrimen me parece que responde a su presencia perpetua en la configuración de imágenes que nos representan como institución. Me parece que una reflexión en torno a tales operaciones y a la imagen que nos devuelve de nosotros mismos es imprescindible porque en ellas nos jugamos la vida y los ideales universitarios.

Algunas convergencias conceptuales con otros saberes merecen ser mencionadas. Desde el psicoanálisis, en su aproximación lacaniana, Braunstein(1995) sugiere que el proceso analítico podría ser entendido como inducir, provocarle un síndrome de inmunodeficiencia al “Yo”: socavar las defensas para hacer aparecer lo olvidado. Me pregunto si intentar reconstruir la trayectoria de eventos que configuran el primer centenario de la Universidad constituye un reclamo de ir hacia nosotros mismos, intentar un psicoanálisis de nuestra historia como institución. Si fuese posible, nos veríamos obligados a reconocer que no se trata de conocer la historia para evitar repetirla sino de admitir que estamos condenados a la repetición, a regresar incesantemente a aquellos eventos que nos constituyen como cuerpo de conocimiento, como configuración de saberes para apalabrar nuestro deseo y nuestro sufrimiento.

Repetirnos, repet(irnos), repetir e irnos

Finalmente, la tercera idea que me gustaría compartir con ustedes se refiere, precisamente, a la repetición. Nace de la preocupación que origina este diálogo: el aparente “presentismo” en que viven nuevas generaciones de estudiantes. Edelman (1992), investigador galardonado con el Premio Nobel, ha planteado que la memoria responde siempre a una representación del presente. La memoria, según sugiere, es un presente recordado. Re-presentamos el objeto, evento o situación del pasado, para organizar nuestra experiencia en el hoy. Al así hacerlo, distorsionamos el hecho representado en función de aquello que es significativo para enfrentar la tarea en el presente. Estas distorsiones conforman, a su vez, una cierta arquitectura de la dispersión, un clarooscuro de recuerdos y olvidos.

Me parece que el llamado “presentismo” de los estudiantes, de los jóvenes en general, constituye a la vez una denuncia y un reclamo. Es una denuncia dirigida a quienes de nosotros nos apropiamos de la historia y del tiempo, sin sabernos atrapados en ese antiguo reloj de arena que es la universidad.

Vivimos condenados a que, al terminar una jornada, el brazo del poder gire el reloj para que se repita su ciclo. Y en cada repetición vivimos la ilusión de que todo cambia, mientras todo permanece igual. El “presentismo” de las nuevas generaciones de jóvenes universitarios es también un reclamo dirigido a los discursos académicos para repensar la historia y el tiempo desde las coordenadas de lo incierto, de lo inapalabrable, de lo que ha de venir.

(25 de noviembre de 2002)

Referencias

Bladdeley, J. (1986). Your Memory: A User's Guide New York: Guilford Press

Braunstein, N. (1995). Goce México: Siglo XXI

Caramazza, A. (1988). Some Aspects Of Language Processing Revealed through the Analysis of Acquired Aphasia: The lexical System, en Annual Review of Neurosciences Vol 11 (pp. 395-421)

Cotman, C. & Galaburda, A. (1988) The Neuro-Immuno-Endocrine Connection New York: Raven Press

Edelman, G. (1992) The Remembered Present: The Biological Roots of Consciousness New York: Guilford Press

Foucault, M. (1985). Microfísica del Poder (5ta. Ed.) Buenos Aires: Gedisa

Piaget y García (1981) Psicogénesis e Historia de la Ciencia México: Siglo XXI

“La misión que le toca cumplir a la Universidad en primer término, es la de ofrecer al hombre el saber. A medida que la humanidad avanza en la historia, se enriquece el caudal de sus averiguaciones; se aprieta la complejidad de sus pensamientos, de sus instituciones, de sus ideales, de sus intereses”.

Jaime Benítez

“Por eso entre los objetivos de la Universidad de Puerto Rico, yo le daría jerarquía primaria a éste: Enseñar a los hombres a valerse de su entendimiento y de su albedrío; ayudar a los hombres a encararse con la vida, afianzados en los recursos y en las valoraciones dentro de ese ideal de vida noble, creadora y generosa, refrendado por treinta siglos de pensamiento, que avanza zigzagueando a través de la historia, jamás del todo oscurecido, jamás del todo realizado, que es el ideal de la vida democrática”.

Jaime Benítez